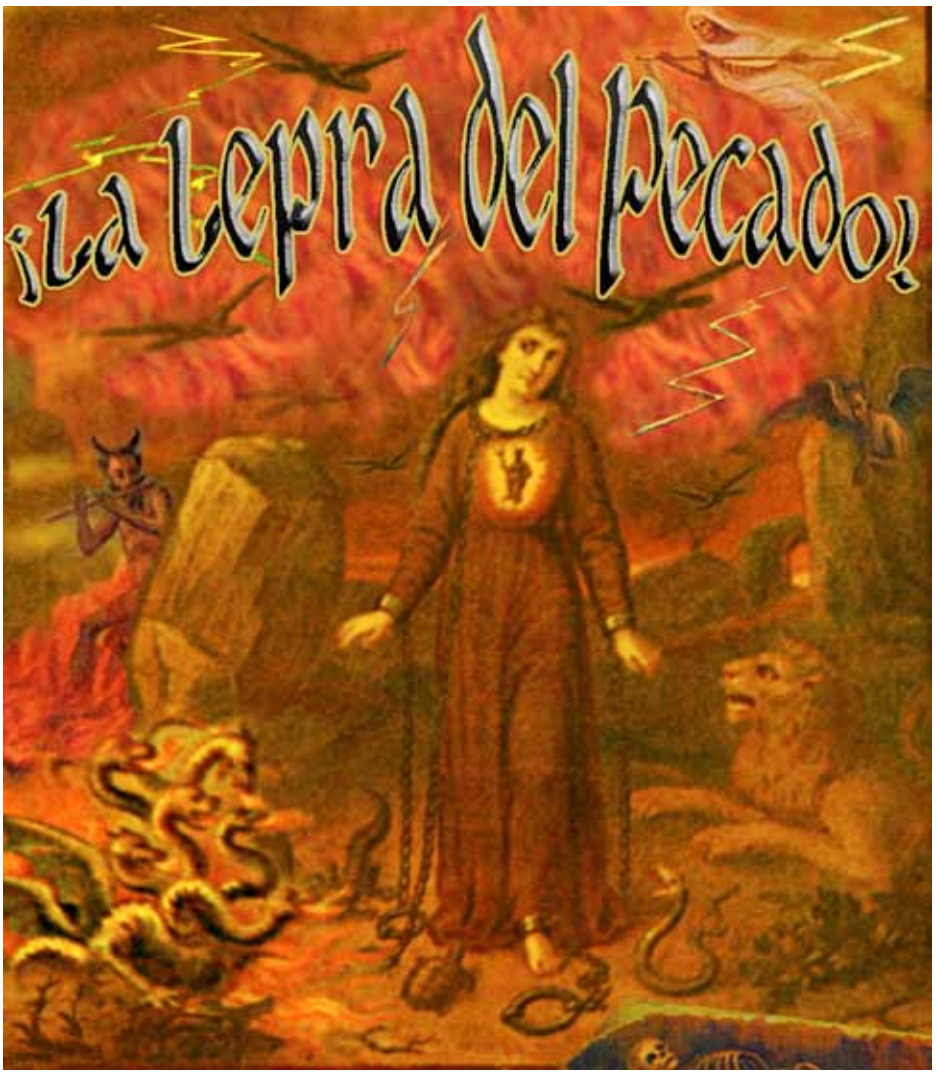
Paz y Bien

BOLETIN MENSUAL DE LA ORDEN MINIMA FRANCISCANA
AGOSTO DE 2012 Número 128 ***Donativo $7.00 M.N.***



"¡Id, mostraos a los sacerdotes!"

Nuestra Santa Madre la Iglesia continúa poniéndonos ante los ojos, ahora bajo un aspecto, ahora bajo otro, la obra misericordiosa de Jesús para con nuestras almas.

Las lecturas de las páginas evangélicas de los domingos después de Pentecostés, pretenden mantener despierta en nosotros la humilde consideración de nuestra miseria y de la necesidad inmensa que de continuo tenemos de la obra redentora de nuestro divino Salvador. La cita del Evangelio escogido para la Misa de hoy tiene una eficacia muy particular para poner de manifiesto el aspecto central de la Redención: la curación de nuestras almas de la lepra del pecado.

En la ley antigua se declaraban impuros a los que sufrían lepra en el cuerpo y obligándoles a vivir fuera de todo comercio humano e implorar a lo largo de los caminos un mendrugo de pan para subsistir, estaban obligados a escuchar la palabra humillante y desgarradora de ¡impuros! Pero llegó para ellos la liberación de su desgracia al acercarse la compasión y la misericordia del Señor. Escucharon el rumor de los transeúntes que les anunciaron la cercanía del Profeta, cuya fama se había extendido por toda Palestina. Sin amedrentarles su infeliz

condición, levantan los ojos, le divisan, y al punto se disponen a salirle al encuentro. Llegados a cierta distancia, se detienen y exclaman todos a una sola voz: "¡Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros!" Son conscientes de su indignidad; no se atreven a acercarse a Jesús con largas explicaciones, sino que apelan llanamente a la bondad y misericordia de aquel Corazón divino. Arrojándose con humildad y confianza le piden piedad y misericordia.

Nuestro Señor no quiso usar su poder divino para manifestarles su Divinidad limpiándoles de aquel horrible mal del cuerpo, sino que quiso darnos a todos una lección infinita de la imagen de la lepra del alma, todavía peor que la del cuerpo, y por eso les ordena presentarse a los sacerdotes, revelándoles de antemano la potestad de que revestiría a sus ministros para curar la lepra del pecado por causa de las iniquidades. ¡Oh, si nosotros tuviésemos la fe profunda de aquellos infelices leprosos del cuerpo, que confiados en la palabra del buen Maestro, corrieron a presentarse a los sacerdotes de la antigua ley a recibir la salud física! Si nosotros, repito, fuésemos tan solícitos y escrupulosos en correr confiadamente hacia el tribunal de la penitencia suplicando del Sacerdote de la nueva Ley, la ley del amor y del perdón, la salud de la lepra de nuestras almas... ¡de cuánto fruto sería para nosotros cada confesión sacramental y de enmienda de nuestra vida! Pero es tan fácil recaer, lo cual prueba evidentemente nuestra floja disposición para la enmienda.

Un ejemplo de admirar es el siguiente que se lee en la historia de San Luis Rey de Francia. Éste preguntó súbitamente al Duque de Champaña: "¿Cuál es la enfermedad más horrible y asquerosa que puede acometer al hombre?" "Yo creo," respondió el duque sin vacilar, "que es la lepra." "Pienso como vos," repuso el rey, y añadió: "Señor duque, si os vierais precisado a escoger entre la lepra y el pecado, ¿qué escogeríais?" "¡Oh, escogería el pecado!," contestó con tono irónico. Una nube de tristeza cubrió la frente del rey: "Estáis en un error," afirmó el soberano, "porque el pecado es una lepra maldita que no desaparece con la muerte, sino que permanece siempre. ¡Duque de Champaña!, si me amáis, cambiad de parecer!"

Si tuviéramos su fe, si fuéramos cristianos sinceros e íntegros, no dudaríamos un instante en darle la razón. ¿Por qué murieron millones de mártires en las llamas, entre las garras de las fieras o al filo de la espada? Porque evitaron el pecado. ¿Por qué se encerraron en los desiertos miles y miles de anacoretas entregados a penitencias? Por evitar el pecado. ¡Qué lepra tan feísima es el pecado! Y Nuestro Señor tan fácilmente nos da la oportunidad de limpiarnos de él, por medio del Sacramento de la confesión.

San Luis Rey de Francia

Se cuenta que en una ciudad vivía un pecador hundido en el abismo del pecado, escandalizando a todos con sus extravíos y resistencias a los llamamientos de la gracia.

Un santo obispo lloraba amargamente la desgracia de aquella alma plagada de pecados como el cuer-

po leproso cubierto de llagas. Mientras el obispo lloraba y oraba postrado en tierra, vio una corneja negra que se aproximaba al desgraciado. El santo la tomó y la sumergió en el agua, entonces la corneja se convirtió en cándida paloma. El pecador testigo del milagro, cayó a los pies del obispo llorando dolorosamente sus pecados, y aquella alma negra por tanta maldad, al lavarse en la confesión, se tornó blanca y agradable a los ojos de Dios. He aquí un símbolo de la confesión que limpia las fealdades de la culpa.

Si los hombres pudiesen librarse tan fácilmente de las enfermedades corporales, ¡qué asediados estarían los confesionarios! Pero como se trata del alma, prefieren verla leprosa y vivir malditos de Dios, antes que presentarse al sacerdote. "¡No necesito confesarme con un hombre, tal vez más pecador que yo!," se dice con frecuencia. ¿Quién debe poner las condiciones para conseguir el perdón, el ofendido o el ofensor? El ofendido, sin género de duda. Y el ofendido es Dios, quien quiso curar a los leprosos del cuerpo enviándoles a los sacerdotes, así como quiso determinar limpiar a los leprosos del alma por ministerio de los sacerdotes. Si grande es la vergüenza, mayores son las disposiciones para recibir el perdón. Si el pecado es enorme, más grande es la misericordia y bondad de Nuestro Señor.

Además, la confesión es un freno para reprimir los instintos y deseos perversos, pues el pensamiento de que hemos de confesarnos nos detiene muchas veces al borde del abismo.

Si la confesión es tan maravillosa medicina, ¿por qué es tan calumniada, odiada y la práctica religiosa más descuidada?, porque anda de por medio el demonio.

Asistir a Misa, sí; hacer alguna ofrenda a San Antonio, sí; colocar una vela en el altar de la Virgen, sí; pero ¿confesarse? No y no. Porque

quien se confiesa tiene que prometer no pecar más, restituir lo mal adquirido, dejar las malas amistades, evitar las ocasiones peligrosas... y esto no les agrada. Entonces resulta más fácil culpar a los sacerdotes, calumniar a la religión, traicionar su fe y despreciar la gracia que les ofrece nuestro divino Salvador.

Nuestro Señor no permanecería siempre sobre la tierra, a pesar de que nuestras almas lo necesitaban, por eso nos dejó a los sacerdotes en su lugar, dándoles todo el poder sobre las almas.

El sacerdote, otro Cristo, correrá la misma suerte que Él, será bandera de contradicción; como el divino Maestro tendrá días de gloria y de humillación, de gozo y de pesadumbre, de honores y desprecios.

En estos tiempos en que los enemigos de la Iglesia han denigrado tanto al sacerdote, es muy necesario que los fieles reafirmen su fe en la dignidad sacerdotal, que permanece intacta a pesar de todas las debilidades humanas. Para esto bastará hacer ver cómo el sacerdote es Cristo, porque prolonga su vida y su acción en medio de nosotros. El sacramento del orden imprime en el alma una similitud y semejanza acabada, en cuanto es posible a una criatura, con Jesús Sacerdote, y una participación de sus poderes.

Para comprender la obra del sacerdote, basta suponer que no existiera uno solo sobre el mundo: nuestros altares sin sacrificio quedarían desolados, nuestros sagrarios se verían vacíos, no tendríamos una sola hostia consagrada, no habría una voz autorizada que nos dijera: **"Ve en paz, tus pecados te quedan perdonados."** Ni tendríamos quién

en las angustias de la agonía nos devolviera la paz y nos abriera las puertas de la eternidad.

El sacerdote pues, en unión con Jesucristo, continúa redimiendo al mundo, como nos lo demuestra el siguiente ejemplo.

Un soldado inglés, en un momento de locura mata a un oficial suyo. En la confusión de la guerra, el delito pasa casi inadvertido; y después de una investigación superficial, se da carpetazo al asunto. Ya los hombres olvidaron el hecho, pero lo recuerda aún la conciencia que muerde como bestia herida. El infeliz siente por ello la necesidad imperiosa de confesar a alguien su culpa, de buscar un corazón en quién volcar la amargura de su alma que le envenena.

Es protestante anglicano y se dirige a un pastor que lo acoge con gran amabilidad, pero cuando escucha la amistosa confesión, el pastor de un salto se pone de pie, temblando lleno de horror. "¿Cómo? ¿Has cometido un asesinato? ¿Y vienes a mí? ¿Qué quieres que haga? ¡Ve a entregarte! ¡Para estos delitos se necesita un policía, no un pastor; para estos crímenes se va al juzgado no a la iglesia!"

Aquel desgraciado huye despavorido y más desesperado que antes. Una

segunda tentativa con otro pastor no tiene mejor éxito. Entonces la idea del suicidio le va creciendo en la mente como única liberación.

A sus compañeros católicos les ha oído hablar de la confesión sacramental; y un día, en medio de su simplicidad y presa de gran emoción se arroja a los pies de un sacerdote católico. Es un anciano, encorvado y de cabellos blancos que está sentado en el tribunal de la penitencia. El soldado se arrodilla y con voz temblorosa confiesa su tremendo secreto. "¡Padre, he asesinado!" Cierra los ojos y aguarda la explosión de una cólera tremenda. Cuando he aquí que con voz tranquila, serena, apacible y casi indiferente, oye que el sacerdote le hace esta sencilla y sublime pregunta: "¿Cuántas veces, hijo mío?"

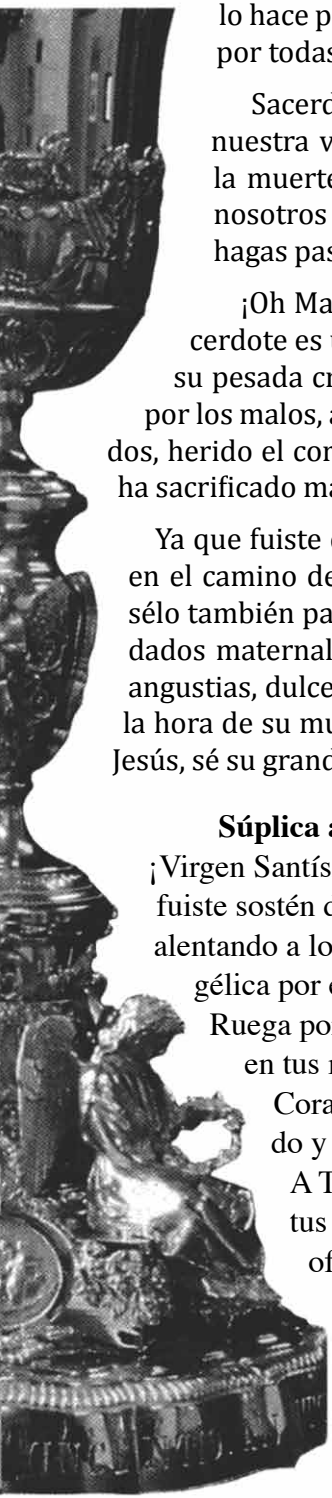
Aturdido como por un mazazo, el culpable abre desmesuradamente los ojos y mira al sacerdote, lo contempla con sus manos juntas, los ojos entrecerrados y los labios sonrientes; no comprende absolutamente nada de lo que está sucediendo, siente en su corazón un agudo dolor, el remordimiento se abre y fluyen lágrimas ardientes, dolorosísimas, libertadoras: ¡ha encontrado la misericordia, ha vuelto a la casa paterna, ha visto el rostro de su padre!

* * * *

El sacerdote vive entre las cimas y los abismos; no se maravilla ni de las confidencias de las almas místicas ni de los judas que les confiesan sus traiciones. Esta soberana calma no es indiferencia ni insensibilidad en el corazón, sino participación de la suprema paz y de la misericordia divina; es una participación de la serenidad de Dios que no se turba cuando una gota de maldad cae en el océano infinito de su amor.

Amadísimos hermanos y queridos fieles, aprendamos de los leprosos del Evangelio a acudir con presteza al sacerdote, cuantas veces manchemos nuestra alma con la inmundicia del pecado.

¡Benditas sean las manos sacerdotales que no se levantan sino para perdonar y bendecir! ¡Bendito sea el sacerdote que perpetúa a Cristo y



lo hace pasar por los caminos de esta vida, haciendo el bien por todas partes!

Sacerdote de Cristo, nosotros te amamos, te confiamos nuestra vida, desde el primer suspiro hasta el estertor de la muerte, y confiamos en tus oraciones, aunque tú como nosotros tengas tus debilidades e imperfecciones, y te deshagas paso a paso, día a día para llegar a tu serenidad.

¡Oh Madre Inmaculada! Tú sabes bien que la vida del sacerdote es un vía crucis prolongado... va por la vida cargando su pesada cruz, cayendo a veces, agobiado siempre, insultado por los malos, abandonado por los buenos, incomprendido de todos, herido el corazón por la ingratitud de aquellos por quienes se ha sacrificado más.

Ya que fuiste digna y capaz de ser el consuelo inefable de Jesús en el camino del calvario y en el supremo dolor de su sacrificio, sélo también para todos los sacerdotes. Los entregamos a tus cuidados maternales, sé fortaleza en sus debilidades, sé paz en sus angustias, dulcedumbre en sus amarguras, alegría en su dolor; en la hora de su muerte sé luz de divina esperanza; y en el cielo, con Jesús, sé su grande, divina y eterna recompensa.

Súplica a María y José en favor de los sacerdotes

¡Virgen Santísima, amorosa y tierna Madre nuestra! Ya que fuiste sostén de la Iglesia naciente instruyendo, dirigiendo y alentando a los Apóstoles para que esparcieran la semilla evangélica por el mundo, así protejas ahora a tus hijos sacerdotes. Ruega por ellos para que sean santos, para ello los ponemos en tus manos sagradas, a fin de que los modeles según el Corazón de tu divino Hijo, quien los hizo luz del mundo y sal de la tierra. Santifícalos y el mundo se salvará. A Ti recurrimos, ¡oh buen San José!, que tuviste en tus manos a la Víctima pura, santa e inmaculada y la ofreciste al Dios eterno con amor ardiente: acoge benigno a los sacerdotes, ¡sálvalos y protégelos del enemigo infernal en esta hora de caos y de desconcierto! Alcánzales la gracia del cumplimiento de su vocación, a fin de que por la oración salven al mundo. Así sea.

¡Trono de Misericordia!

Fuente de amor es el Corazón Inmaculado de nuestra Madre del cielo.

Nuestro boletín Paz y Bien no puede dejar pasar inadvertido el día en que la Santa Iglesia celebra y honra el dulcísimo Corazón de nuestra Madre.

Al pie de la cruz, María recibió en compensación del Hijo bueno que perdía, a toda una multitud de hijos pródigos, a los hombres sumidos en la desgracia del pecado. Dada su indigencia, necesitaban poder hallar en su Corazón, de amor casi infinito, el remedio cumplido. Sabemos que el mismo ardoroso amor con que la Madre celestial se complace en Jesús, ofrece un asilo de bondad y misericordia a nosotros pobres pecadores.

María es realmente la Madre de Misericordia. ¡Oh, qué descanso tan grande para las almas débiles!, porque de tal Madre nunca se teme nada. Si las justicias del Señor llegan a nosotros por las misericordias de María; si María es la que ha de juzgar nuestras debilidades, estamos a salvo. Nuestra Madre celestial no nos puede condenar. Llenos de confianza levantemos nuestros ánimos exclamando: ¡Ea, pues, abogada nuestra, vuel-

ve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

La devoción al Corazón de María está dirigida a su caridad ardiente hacia Dios y su amor maternal hacia los hombres. Es el Espíritu Santo, el amor de Dios personificado, que lo ha hecho arder con estas llamas de caridad, tal como la Madre de Dios lo mostró a Sor Lucía: no solamente cercado de espinas, sino que, al igual que el Sagrado Corazón de Jesús, ardiendo en fuego de caridad.

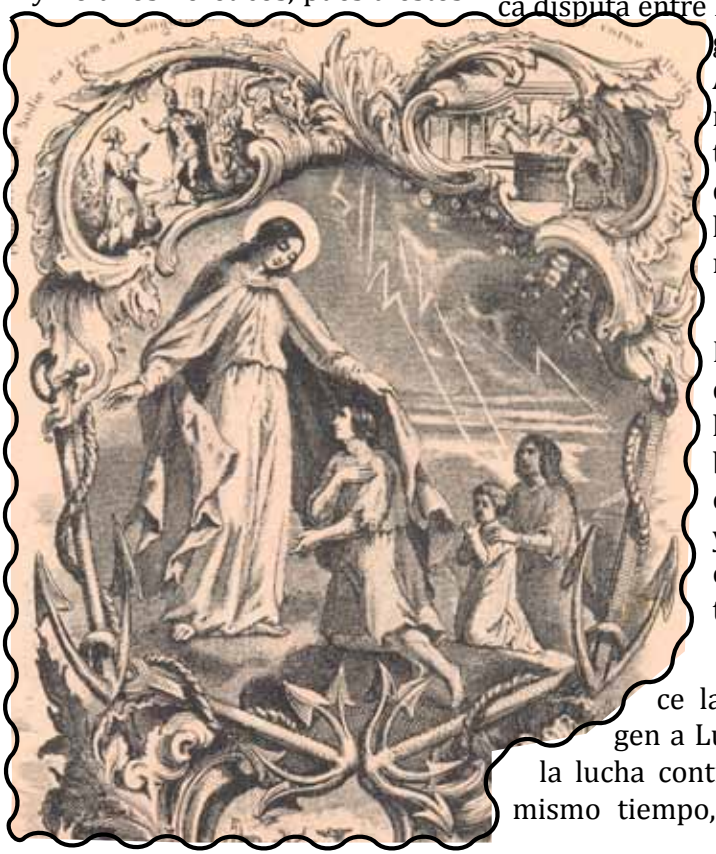
La veneración al Inmaculado Corazón de la Madre de Dios está siempre acompañado por el afán de consolar a la Santísima Virgen y de desagraviar también los pecados con los cuales se la ofende.

Este carácter se ha profundizado especialmente con las apariciones de la Virgen María en Fátima. Dios ha dado la devoción a este Corazón dulcísimo e Inmaculado, para la salvación de cada alma en particular; para la salvación del mundo y para la salvación de la Iglesia. Además, tanto esta devoción como el santo rosario, han sido dados al mundo como último remedio de salvación. Sor Lucía afirmó en l957: "La Santísima Virgen dijo que Dios daba los dos últimos remedios al mundo... esto significa que ya no hay otros... el último medio de salvación es su Santísima Madre... si lo despreciamos, ya no tendremos perdón del cielo... pues rechazamos con pleno conocimiento y voluntad, la salvación que se nos ofrece."

Fátima juega un papel importantísimo en nuestros tiempos en

que nos encontramos al borde del precipicio. La Santísima Virgen se ha presentado a sí misma en sus apariciones en Fátima como Reina del Santísimo Rosario, y por lo mismo, como acérrima y enconada enemiga de todas las herejías y falsas religiones, cuyos errores impiden a las almas alcanzar los gozos celestiales de la eterna bienaventuranza. La Virgen Madre de Dios es por completo ¡antiecuménica!, por ello la Santa Iglesia la saluda en el Oficio Divino: "¡Regocíjate María, Tú sola has vencido todas las herejías del mundo entero!" Aniquila Ella a las herejías y no a los heréticos, pues a estos conversión. Justamente porque los ama, los libra de su herejía y aniquila sus falsas creencias y convicciones. Los aniquila por entero sin excepción Ella sola, vencerá al enemigo de las almas.

Nos encontramos realmente en el tiempo de las disputas decisivas entre el cielo y el infierno. Sor Lucía, preguntada una vez acerca del tercer secreto, dio esta lacónica respuesta: "Está en el Evangelio y en el Apocalipsis, ¡léanlos!" Recomendando los capítulos 8 al l3. El capítulo l2 de la Sagrada Escritura describe evidentemente la decisiva e histórica disputa entre la Santísima Virgen y el dragón. Al parecer, llegamos actualmente a ser testigos de este apocalíptico enfrentamiento.



En l957, Sor Lucía dijo: "El demonio está librando una batalla decisiva contra la Virgen, y una batalla decisiva es una batalla final..."

En l9l7 aparece la Santísima Virgen a Lucía, y exhorta a la lucha contra el dragón. Al mismo tiempo, en el extremo

opuesto de Europa, surge una señal amenazadora: el dragón del comunismo rojo que pretende destruir, mediante el despliegue total de sus poderosas fuerzas, toda creencia en Dios. La Inmaculada Virgen María ha venido a desenmascarar al dragón del ateísmo comunista, a señalarlo como castigo de Dios y a aplastarle la cabeza. Ésta es la gran promesa de Fátima, la cual se cumplirá indudablemente con toda certeza.

Como Medianera de todas las gracias, la Virgen Santísima puede conseguir las gracias celestiales para la conversión de Rusia y del mundo entero, a fin de que salga de su profunda apostasía y se encamine hacia una verdadera paz con Dios.

"Jesús quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado. A quien le abrace le prometo la salvación, y serán queridas de Dios estas almas como flores puestas por mí para adornar su trono."

¿Cómo podemos practicar el espíritu de reparación para con el Corazón Inmaculado de María? ¡Sigamos el ejemplo de los tres niños de Fátima, y ofrezcámosle gustosamente y con fervor, día a día, nuestras cruces! ¡Cumplamos también la petición de los cinco primeros sábados del mes en reparación al Inmaculado Corazón de María!

Si por la postergación de la consagración a Rusia, sobrevi-

niesen grandes castigos y persecuciones contra los cristianos, entonces no hallaremos mejor refugio que bajo el manto de protección de la Madre de Dios. A sus manos maternales debemos confiar nuestra vida terrena, y sobre todo la salvación de nuestra alma inmortal, y esto máxime en aquellos tiempos en que tanto peligrarán ambas.

Son estas verdades las que constituyen el trasfondo de Fátima. Vivámoslas en espíritu de entrega y de reparación a la Bienaventurada Virgen, como prueba de nuestra fe y confianza en la sublime misión que Ella, como Reina del cielo y de la tierra, desempeña en la obra de la salvación y santificación de las almas, y confiemos en la mediación universal de las gracias celestiales, que tiene, por la voluntad de Dios Todopoderoso, que así quiso honrar a su hija predilecta y obra maestra de su creación.

Al pronunciar la Virgen Santísima las solemnes palabras: "Pero al fin mi Inmaculado Corazón triunfará," Nuestra Señora se refiere a una luminosa conversión del mundo, a un verdadero tiempo universal mariano que Dios dará a la Reina de los cielos y de la tierra.

ORACIÓN

¡Oh Corazón de María!, el más amable y compasivo de los corazones después del de Jesús, trono de las misericordias divinas en favor de los miserables pecadores: yo, reconociéndome sumamente necesitado, acudo a Vos en quien el Señor ha puesto todo el tesoro de sus bondades, con plenísima seguridad de ser por Vos socorrido. Vos sois mi refugio, mi amparo, mi esperanza; por esto os digo y os diré en todos mis apuros y peligros: *¡Oh dulce Corazón de María!, sed la salvación mía.*

Cuando la enfermedad me aflija, o me oprima la tristeza, o la espina de la tribulación llague mi alma, *¡Oh dulce Corazón de María!, sed la salvación mía.*

Cuando el mundo, el demonio y mis propias pasiones, coaligados para mi eterna perdición, me persigan con sus

tentaciones y quieran hacerme perder el tesoro de la divina gracia, *¡Oh dulce Corazón de María!, sed la salvación mía.*

Y cuando mi alma pecadora se presente ante el tribunal de Jesucristo para rendirle cuenta de toda su vida, venid Vos a defenderla y ampararla, y entonces, ahora y siempre, Estas gracias espero alcanzar de Vos, ¡oh Corazón amantísimo de mi Madre! a fin de que pueda veros y gozar de Dios en vuestra compañía por toda la eternidad en el cielo. Amén.

Una Importante Aclaración

Con motivo de la inquietud de algunos de nuestros lectores del boletín Paz y Bien en su número anterior, por la publicación de la Declaración del Capítulo General de la Fraternidad, las Madres Mínimas creemos necesario darles a conocer a todos la siguiente importante aclaración:

Sin entrar en detalles de la citada publicación, nos ha sorprendido que se interpretaron algunas frases hacia el extremo opuesto de la verdad, manifestando con ello el espíritu turbulento que guía a algunas almas que están indispuestas a ver con espíritu sobrenatural y confiado abandono la obra de la Providencia.

No olvidemos, hermanos en Cristo, que nada escapa al control de la permisión divina y que a cada cual nos corresponde cumplir nuestro deber de estado aspirando a la mayor perfección posible. No nos dejemos llevar de un falso celo por el honor de la verdad de modo que obstaculicemos la confianza, haciéndonos ver el mal donde no existe; y no nos adelantemos a los acontecimientos que no han sucedido. El pesimismo no es una virtud cristiana, sino que es contrario a la esperanza.

Las Mínimas exhortamos a todos ustedes a permanecer firmes en la esperanza del triunfo de la Santísima Virgen esforzándonos en permanecer unidos en un sólo corazón, como Dios nos quiere, por la confesión de la tradición de la Iglesia bajo el celo sacerdotal de nuestros Pastores.

Sigan orando por nosotras, las Mínimas, para que continuemos protegidas por el socorro de nuestra Santísima Madre, quien siempre nos ha librado de la astucia de nuestros enemigos. La Obra del Desagravio es para unir los corazones en la fe, no para confundirlos.

¡Sea para gloria de Dios!